

1521652
P012516

AG7

1892

v. 2



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA D VALÈNCIA

FONDO
LITERATURA

T. Susany y Compañía, impresores; Aragón, 251.—Barcelona.



IX

AQUELLA noche, á la hora del crepúsculo, y habiéndole mandado Benedetta á decir á Pedro que deseaba hablarle, bajó este al principal y la encontró en su saloncito en compañía de Celia y hablando ambas á la luz del día que declinaba.

—Ha de saber que he visto á vuestra Pierina,—decía Celia precisamente en el momento en que Pedro entraba en el salón.—Sí, sí, y por cierto con Darío, ó mejor dicho, debía acechar á éste, que se apercibió de que le esperaba en uno de los paseos del Pincio y la sonrió... Lo comprendí enseguida; ¡oh!, ¡qué hermosura!...

Rióse Benedetta, sin grandes alardes, de su entusiasmo; pero un pliegue doloroso contraía su boca, porque, aun cuando era en el fondo muy razonable, al cabo no dejaba de sufrir con aquella pasión que, adivinaba, era tan ingénuo y tan fuerte. Comprendía que

Darío se divertiese, puesto que se negaba ella á él, que era joven y no estaba ordenado, solo que la parecía que aquella miserable muchacha le amaba demasiado y temía no la olvidase excusando el olvido aquella flor de hermosura. Por eso reveló el secreto de su corazón cambiando de conversación.

—Sentaos, señor abate; ya lo oís estamos poco menos que hablando muy mal del prójimo. A mi pobre Darío le acusan de llevar á mal traer á todas las bellezas de Roma... Así que aseguran que es preciso ver en él al afortunado mortal que ofrece los ramos de rosas cuya blancura pasea la Tonietta por el Corso, desde hace quince días.

Celia se apasionó enseguida.

—¡Pues es cierto, querida! Al principio dudaron y creyeron que se trataba del pequeño Pontecorvo ó de Moretta, el teniente, y las hablillas seguían su curso... no te lo puedes figurar... Hoy todo el mundo sabe que la corazonada de la Tonietta, es Darío en persona. Además fué á verla en su palco, al Constanzi.

Al oirlas hablar acordóse Pedro de aquella Tonietta que el joven príncipe le enseñara un día en el Pincio, como una de las raras *demi-mondaines*, de que la sociedad romana se preocupaba. Y recordó también la galante particularidad que hacía célebre á aquella: la corazonada, el desinteresado capricho que sentía á veces por un amante volandero, del que no quería recibir por las mañanas más que un ramo de rosas blancas; de manera que cuando se presentaba en el Corso, á veces durante muchas semanas, con aquellas rosas puras, estallaba, entre las damas de la buena sociedad, una emoción, una ardiente curiosidad para averiguar el nombre del hombre elegido y adorado.

Desde que había muerto el marqués de Manfredi, que la dejó como herencia su palacio de la calle de los Mil, tenía Tonietta fama por la correcta elegancia de sus trenes, la rica sencillez de su tocado, de que desentonaban un poco sus sombreros, un tanto extravagantes. Hacía cerca de un mes que el opulento inglés que pagaba todos sus gastos estaba de viaje.

—Está muy bien esa mujer,—repitió Celia con convicción, con aire cándido de virgen á la que solo interesaban las cosas de amor.—Y es linda con sus ojos de dulce mirada, ¡oh! pero no es ni con mucho tan hermosa como la Pierina, ¡no! ¡eso es imposible! Más de todos modos da gusto verla, ¡es una verdadera caricia para la mirada!

Con un gesto involuntario pareció como que Benedetto quería apartar á la Pierina otra vez, y en cuanto á Tonietta la aceptaba porque sabía que tan solo era una distracción, la caricia del momento, como decía su amiga.

—¡Ah!, —exclamó sonriendo.— ¡Cómo se arruina mi pobre Darío comprando rosas blancas! Será necesario que, respecto á eso, le haga alguna broma... Acabarán esas por robármele por poco que tarden en arreglarse nuestros asuntos... Por fortuna tengo muy buenas noticias... Sí, el pleito se va á reanudar y precisamente para eso es para lo que ha salido mi tía.

En el momento en que Celia se ponía en pie y Victorina se presentaba con una lámpara, volvióse Benedetto hácia Pedro, que se había puesto también en pie, y le dijo:

—Quedaos, tengo que hablaros.

Celia se entretuvo, sin embargo, aun un poco, apasionándose entonces por el divorcio de su amiga, mos-

trándose deseosa de saber á que estado habían llegado las cosas y si se verificaría pronto el casamiento de los dos amantes. Y al cabo la besó y abrazó con cariñoso transporte.

—Entonces, ¿tienes esperanza de que el Santo Padre te devolverá la libertad? ¡Oh!, ¡Cuánto lo celebro, querida, por tí y como me gustará veros cuando te unas con Darío! En cuanto á mí, has de saber, querida amiga, que también estoy muy contenta por que voy viendo que mi padre y mi madre se cansan de mi terquedad. Ayer mismo les dije, con este aire tranquilo que me es peculiar: «Quiero á Attilio y me le daréis.» Entonces se apoderó de mi padre una cólera espantosa, me colmó de injurias, amenazándome con el puño y diciéndome que, si me había hecho con una cabeza tan dura como la suya, que me la rompería. Y de pronto, fuera de sí, volvióse hácia mi madre que nos escuchaba en silencio y enojada y la dijo: «Pues bien, dadla su Attilio para que nos deje en paz... ¡Oh! ¡Qué contenta estoy, pero que contenta!

Pedro y Benedetta no pudieron por menos de reirse, al observar que en el rostro de vírgen de Celia, en su rostro de la pureza de lirio, se revelaba de tal manera una alegría inocente y celeste. Marchóse, al fin, en compañía de su doncella que la esperaba en el primer salón.

En cuanto se quedaron solos, Benedetta indicó al presbítero que se sentase otra vez.

—Se trata, amigo mío,—dijo,—de un consejo urgente que me han encargado que os dé. Parece que se extiende por Roma el rumor de vuestra presencia y que con ese motivo circulan sobre vos las más inquietantes historias. Dicen que vuestro libro es un llama-

miento al cisma y que vos mismo no sois más que un cismático turbulento y ambicioso que, después de haber publicado su obra en París, se apresuró á venir á Roma para darla más empuje y nombre desencadenando un gran escándalo á su alrededor... Si es que tenéis decidido empeño en ver á Su Santidad para defender vuestra causa, os aconsejan que os hagáis olvidar y desaparezcáis completamente dos ó tres semanas.

Escuchóla Pedro estupefacto. Acabarian por volverle loco y por hacerle tener esa idea del cisma, de un escándalo justiciero y libertador, llevándole de aquella manera de fracaso en fracaso como si quisiesen cansar su paciencia. Quiso exclamar, protestar y luego hizo un gesto de cansancio, ¿á qué lamentarse delante de aquella joven que era, por cierto, sincera y afectuosa?

—¿Quién os encargó que me dieseis ese consejo?

No le respondió nada Benedetta y se limitó á sonreír. Pedro tuvo como una brusca intuición.

—Fué monseñor Nani, ¿no es verdad?

Sin responder de una manera directa púsose Benedetta á hacer, con voz conmovida, un elogio del prelado que, aquella vez, al cabo, habíase decidido á dirigirla en el interminable asunto de la anulación del casamiento. Había conferenciado larga y detenidamente con *donna* Serafina, que, precisamente en aquellos momentos, se había marchado al palacio del Santo Oficio para darle cuenta de las primeras diligencias hechas. El padre Lorenza, el confesor de tía y sobrina, debía hallarse presente en la entrevista, por que estando en el fondo de su obra la idea del divorcio, había siempre impulsado hácia este á las dos mujeres como para romper el nudo que, en medio de tantas ilusiones,

anudára el patriota cura Pisoni. Y se fué animando y diciendo en que razones fundaba sus esperanzas.

—Monseñor Nani lo puede todo y esto es lo que me hace tan dichosa ahora que el negocio está entre sus manos. Sed pues, también vos razonable, amigo mío, y no os rebeléis y, por el contrario, calmaos y sosegaos. Yo os aseguro que algún día todo se arreglará.

Con la cabeza baja quedóse Pedro meditabundo. Habíale envuelto Roma y á cada momento satisfacía curiosidades más vivas y la idea de permanecer aun allí dos ó tres semanas no le desagradaba del todo. Sin duda presentía que en todos esos retrasos podía haber algo como un desmenzamiento de su voluntad, un roce, un gasto de voluntad, del que saldría disminuído, desalentado é inútil. Pero, ¿qué era lo que temía si se había jurado á sí mismo no abandonar nada de su libro y no ver al Santo Padre nada más que para afirmar más altamente su nueva fé? Repitió en voz muy baja ese juramento y después cedió. Y cuando se lamentaba de que tal vez sería un estorbo en el palacio, exclamó Benedetta:

—¡No! ¡Estoy tan satisfecha de teneros á mi lado! Os quiero conservar aquí por que me parece que vuestra presencia nos va á traer la dicha á todos, ahora que la suerte parece que se vuelve.

Convinieron enseguida que no volvería á dar vueltas por los alrededores del Vaticano ni de San Pedro, en donde la continua presencia de su sotana debía acabar por llamar la atención. Hasta llegó á prometer que permanecería hasta ocho días sin salir del palacio, pues tenía deseos de repasar y leer ciertos libros y páginas de historia en la misma Roma. Habló aun, durante un momento, sintiéndose feliz en medio de la

gran calma que reinaba en aquel salón desde que la lámpara lo iluminaba todo con su claridad adormilada. Acababan de dar las seis y la obscuridad era completa, negra en la calle.

—¿No se sintió mal hoy su eminencia?,—preguntó.

—Sí,—respondió la *contessina*,—pero no fué más que un poco de cansancio y por eso no nos inquietamos... Mi tío me mandó recado con *don* Vigilio diciéndome que hoy no pensaba salir de su cuarto y que pasaría el día dictándole cartas á éste... como véis no será nada.

Volvió á reinar un silencio profundo no subiendo ningún ruido desde la calle desierta ni del antiguo vacío palacio, mudo y soñador como una tumba. Y en ese instante, aquel salón tan muellemente adormecido, lleno además de la dulzura de un ensueño de esperanza, prodújose un remolino de faldas, el rumor de un aliento entrecortado, el estrépito de una irrupción tempestuosa. Era Victorina que, después de dejar la lámpara, habíase marchado y volvía sofocada, azarada.

—¡*Contessina!*, ¡*contessina!*

Púsose Benedetta en pie, lívida, helada de pronto, como si hubiese sentido soplar un viento de desgracia.

—¿Qué hay? ¿Qué tienes para correr y temblar de esa manera?

—Darío, el señor Darío, abajo... Bajé á ver si habían encendido la lámpara del portal, por que muchas veces dejan de hacerlo... Y allá abajo, en el portal, en la sombra, tropecé con el señor Darío... Está en el suelo... le han dado, sin duda, una puñalada...

Del corazón de la enamorada escapóse un grito:

—¡Muerto!

—No, no, herido nada más.

Pero no la oyó y continuó gritando con voz cada vez más fuerte:

—¡Muerto! ¡Muerto!

—¡No! ¡Me habló! ¡Por Dios callaos! Me mandó callar á mí porque no quiere que nadie se entere y me dijo que os viniese á buscar, pero á vos sola y ¡tanto mejor! puesto que está aquí el señor abate y se enteró va á bajar con nosotras para ayudarnos. No estará demás.

La escuchó Pedro, transtornado también, y cuando Victorina quiso coger la lámpara se vió que su mano derecha, que temblaba con fuerza, estaba manchada de sangre por haber, sin duda, palpado el cuerpo que estaba tendido en el suelo. Aquella vista de la sangre fué tan horrible para Benedetta y la impresionó tanto, que empezó á gemir como una loca.

—¡Callaos! ¡Callaos, pues! Bajemos sin hacer ruido... Me llevo la lámpara porque á pesar de todo hace falta luz. ¡Vamos, pronto, pronto!

Abajo, atravesado en el portal, y delante de la entrada del vestíbulo, estaba tendido Darío sobre las losas como si, habiendo sido herido en la calle, hubiese tenido fuerzas suficientes para dar algunos pasos é ir á caer allí. Acababa de desmayarse quedando con los ojos cerrados y los labios apretados. Benedetta, que en el exceso del dolor encontró la energía de su raza, no se lamentó, ni chilló más, contemplando en silencio á Darío, fijando en este las miradas de sus ojos enrojecidos, secos, abiertos desmesuradamente como los de una loca que vivía sin comprender. Lo horrible era ese golpe que hería con lo inesperado del rayo, de la catástrofe, con lo imprevisto, lo inexplicado, el porque y el como de ese asesinato en medio del negro si-

lencio del vetusto y desierto palacio, invadido por la noche oscura. La herida debía manar muy poca sangre por que solo tenía empapada la ropa.

—¡Pronto! ¡Pronto!, — repitió Victorina en voz baja, después de haber bajado la lámpara y pasádola por todas partes para enterarse.—El portero no está ahí, como de costumbre, se hallará ahí al lado bromeando con la mujer del carpintero y, como véis, aun no ha encendido la farola, pero puede volver de un momento á otro. El señor abate y yo vamos á subir al príncipe á su cuarto.

Era Victorina la única que conservaba su sangre fría y que no perdió la cabeza, obrando, en esto, como mujer bien equilibrada y de una actividad sostenida. Los otros dos escuchábanla con persistente estupor, sin atreverse á decirla ni una palabra y obedeciéndola con docilidad de niños.

—Será necesario que nos alumbreis, *contessina*. Tomad esta lámpara y bajadla un poco para que veamos los escalones... Encargaos de sostenerle por los piés, señor abate, y yo le cogeré por los brazos. Y no tengais miedo porque, ¡pobrecillo!, pesa bien poco.

¡Ah! ¡Qué subida aquella por la monumental escalera, con escalones bajos y anchos y descansillos tan espaciosos como salas de armas. Esto sirvió mucho para facilitar el cruel transporte del herido, pero, ¡qué cortejo más fúnebre alumbrado por la débil y vacilante claridad de la lámpara que Benedetta sostenía con un brazo tendido y al que ponía rígido la voluntad! No se oyó ni un ruido, ni un aliento en aquella vetusta muerta mansión en la que solo se escuchaba el desmigamiento de los muros, el lento trabajo de la ruina que hacía crugir los artesonados de los techos. Conti-

nuó Victorina murmurando recomendaciones, mientras que Pedro, temiendo escurrirse en la orilla de las gastadas y relucientes piedras, desplegaba una fuerza exagerada que le ahogaba. Grandes y caprichosas sombras vagaban, cual locos fantasmas, á lo largo de los vastos espacios de las desnudas paredes, llegando á la bóveda adornada con los rosetones y cuarterones del artesonado. Fué necesario hacer un alto, de tal manera parecía interminable aquel piso. Después continuaron lentamente la marcha.

Por fortuna la habitación de Darío, compuesta de tres cuartos, un dormitorio, un tocador y un saloncito, estaba en el primer piso, á continuación de las del cardenal, en el ala que daba al Tíber. No tenían más que hacer que seguir la galería, procurando ahogar el ruido de sus pasos, y al fin experimentaron gran consuelo al depositar al herido en su lecho.

Victorina dejó oír una ligera risa de satisfacción.

—Esto está terminado; dejad la lámpara ahí encima, *contessina*... Ahí mismo... en cualquier parte, sobre esa mesa. Os respondo de que nadie nos oyó y tanto más cuanto que *donna* Serafina ha salido y su eminencia ha ordenado que *don* Vigilio esté todo el día á su lado... todas las puertas están cerradas. Le he envuelto los hombros con mi falda de manera que no debe haber caído ni una gota de sangre y dentro de un momento bajaré y limpiaré el suelo con una esponja...

Interrumpióse, fué á mirar á Darío y luego añadió con viveza:

—Respira; os dejo, pues, á los dos para que le cuidéis y yo me voy en busca del bueno del doctor Giordano, el mismo que os vió nacer, *contessina*, y que sabéis que es hombre seguro.

Cuando se quedaron solos, ante el herido desmayado, en aquella habitación medio á oscuras y en la que entonces parecía estremecerse la tremenda pesadilla que los dominaba, permanecieron, tanto Pedro como Benedetta, inmóviles á los dos lados de la cama y sin encontrar aun palabras que cambiar. Había abierto ella los brazos y retorciéndose las manos, lanzando sordo gemido, obedeciendo á la necesidad de soltar, de exhalar su dolor. Inclínose luego y se puso al acecho de la vida en aquel rostro pálido y de ojos cerrados. Respiraba Darío, pero con una respiración lenta, apenas sensible. Una débil coloración asomó, sin embargo, á sus mejillas y al cabo abrió los ojos.

En el acto cogióle Benedetta la mano, estrechándosela como para poner en esa presión toda la angustia de su corazón y fué muy feliz al sentir que Darío la devolvía débilmente su apretón de mano.

—¡Dí! ¿Me oyes? ¿Me ves? ¿Qué es lo que ha sucedido, Dios mío?

Pero á Darío, sin responderla, le inquietaba más la presencia de Pedro. Cuando reconoció á éste, se quedó más tranquilo, aceptando su presencia; pero buscando con la mirada y con manifiesto terror, si había alguno más en la habitación, y por último murmuró:

—Nadie me ha visto ni nadie sabe...

—No, no, tranquilízate. Te hemos podido subir hasta aquí con Victorina sin encontrar alma viviente. Mi tía ha salido y mi tío se encerró en su cuarto desde por la mañana.

Entonces pareció que Darío quedaba más satisfecho y hasta sonrió.

—Es que no quiero que lo sepa nadie, ¡es esto una tontería!

—Pero ¡Dios mío! ¿Qué es lo que ha sucedido?— preguntó de nuevo Benedetta.

—¡Ah! ¡No sé! ¡No sé!...

Entornó los ojos con aire de cansancio, tratando de rehuir la pregunta, hasta que luego comprendió que obraría más acertadamente diciendo una parte de la verdad.

—Un hombre que se ocultó en el portal durante el crepúsculo y que debía estarme esperando... Sin duda... es así y entonces, cuando entré, me pegó una puñalada ahí, en el hombro.

Extremecida, inclinóse aun más Benedetta y le miró al fondo de los ojos, preguntándole:

—Pero ¿quién era ese hombre?

Y como observase que Darío, con voz cada vez más baja y fatigada, contestaba que no sabía nada y que aquel hombre había herido aprovechando las tinieblas sin que pudiese reconocerle, lanzó un grito terrible.

—¡Es Prada! ¡Es Prada! ¡Lo sé! ¡Dilo de una vez! Benedetta deliraba.

—¡Lo sé! ¿Lo oyes? ¡Lo sé! No quise ser suya y no quiere que seamos el uno del otro y preferirá matarte el día en que yo tenga libertad para entregarme á tí. Le conozco mucho y sé que no seré nunca dichosa. ¡Ha sido Prada! ¡Prada!

El herido se incorporó como impulsado por brusca energía y protestó con toda lealtad.

—No, no es Prada, ni es tampoco un hombre pagado por él... Eso puedo jurártelo. No reconocí á ese hombre, mas no es Prada, ¡no! ¡no!

Hablaba Darío con un acento tal de verdad, que Benedetta tuvo que convencerse. Además de esto, el terror se apoderó otra vez de ella cuando sintió que la

mano que tenía entre las suyas íbase ablandando, quedando poco á poco inerte, húmeda, como si se helase. Rendido por el esfuerzo que acababa de hacer, cayó otra vez sobre la almohada, con el rostro completamente blanco, los ojos cerrados y desmayado, como si se fuese á morir.

Sobrecogida de terror, tocóle Benedetta, palpándole con las manos.

—¡Vedlo, señor abate, vedlo! ¡Se muere! ¡Se muere! Ya está completamente frío. ¡Dios mío! ¡Que se me muere!

Pedro, al que trastornaba con aquellos gritos, trató de tranquilizarla.

—Ha hablado demasiado y eso hizo que volviese á desmayarse como antes... Os aseguro que siento como late aun su corazón. ¡Mirad! Apoyad aquí la mano... Por favor, no os pongáis así; el médico vendrá de un momento á otro y ya veréis como sale todo bien.

No le hizo caso Benedetta y Pedro tuvo que presentiar una escena extraordinaria que le llenó de sorpresa. De un modo brusco se arrojó ella sobre el inanimado cuerpo del hombre adorado, que estrechó con frenético abrazo, bañándole con sus lágrimas, cubriéndole de besos y balbuceando palabras ardientes.

—¡Ah! ¡Si te perdiese!... ¡Si te perdiese! Y no me quise entregar á tí y cometí la necedad de rechazarte cuando aun podíamos conocer la dicha. Sí, una idea para la Virgen, una idea de que la virginidad la agrada y de que una debe conservarse virgen para el marido si se quiere que bendiga el casamiento, ¿qué era lo que podía importarla que fuésemos felices enseguida? Y además, ya lo ves, si me hubiese ella engañado y te

arrancase de mi lado antes de que hubiésemos dormido el uno en brazos del otro, entonces no tendría más que un sentimiento: el de no haberme entregado á tí, el de no haberme condenado por tí. ¡Sí, la condenación antes que dejar de ser el uno del otro y no de habernos poseído con toda nuestra sangre, con todos nuestros labios!

¿Era aquella la mujer tan tranquila, tan calmosa y razonable, que tenía paciencia tanta para mejor organizar su dicha? Aterrado Pedro, no la reconoció. Hasta allí había visto en ella una reserva tal, un pudor tan natural, cuyo encanto, casi infantil, parecía proceder de su misma naturaleza. A la cuenta, bajo el terrible golpe de la amenaza y del miedo, habíase despertado en un momento en ella la sangre terrible de los Boccanera, todo un atavismo de violencia, de orgullo, de apetitos furiosos, exasperados y desencadenados; quería su parte de vida, su parte de amor. Se exclamaba y lamentaba, como si la muerte, al privarla de su amante, la arrancase su propia carne.

—Os suplico, señora, que os calméis,—la dijo Pedro.
—Vive... ese corazón late aun... Os estáis martirizando de una manera horrorosa.

Pero Benedetta quería morir con él.

—¡Ah! ¡Darío de mi alma, si tú te vas llévame contigo! ¡Me acostaré sobre tu corazón y te estrecharé con tanta fuerza entre mis brazos, que se clavarán en los tuyos y será preciso que nos entierren juntos!... ¡Sí, sí, estaremos muertos y casados al mismo tiempo! ¡He prometido no ser más que tuya y lo seré á pesar de todo, hasta en la tierra si no hay más remedio!... ¡Oh! ¡Amado mío! ¡Abre los ojos, abre la boca, bésame si no quieres que yo muera cuando mueras tú!

Por la silenciosa habitación, con sus muros adornados, pasó una llamarada de pasión salvaje, de fuego y de sangre. Las lágrimas apoderáronse al cabo de Benedetta, quebrantándola los convulsivos sollozos que hicieron se postrase al lado del lecho, ciega y sin fuerzas. Felizmente, y poniendo fin á escena tan dolorosa escena, presentóse el médico guiado por Victorina.

El doctor Giordano, que pasaba de los sesenta, era un viejecito de cabello blanco rizado, afeitado y de tez fresca y cuya persona, toda ella de aspecto paternal, había adquirido cierta apostura del amable prelado en medio de su clientela de la Iglesia. Y era, según decían, un hombre excelente que asistía á los pobres sin interés y que sobretodo daba muestras, en los casos delicados, de una discreción y de una reserva verdaderamente eclesiásticas. Desde hacía treinta años todos los Boccanera niños, mujeres, y hasta el mismo eminentísimo cardenal pasaban por sus prudentes manos.

Con mucha dulzura y ayudándole Pedro, y mientras Victorina les alumbraba, desnudaron á Darío al que el dolor hizo volver en sí de su desmayo. Examinó la herida y enseguida, con su aire sonriente, declaró que no era de peligro. Aquello no era nada, á lo más tres semanas de cama y sin que hubiese que temer ninguna complicación. Y aficionado, lo mismo que todos los médicos de Roma, apreciar las puñaladas que tenía que curar todos los días entre los clientes que la casualidad le deparaba procedentes del pueblo bajo, se entretenió placenteramente examinando la herida, admirándola como conocedor, pareciéndole, sin duda, que se hallaba en aquel caso, ante un trabajo bien hecho. Y al fin díjole al príncipe bajando la voz.

—A esto le llamamos nosotros una advertencia... El

hombre que os hirió no quiso mataros y dió el golpe de arriba abajo, de manera que se deslizase entre las carnes sin interesar el hueso; ¡Ah! ¡Hay que ser muy diestro para dar una puñalada como ésta!

—Si, si,—murmuró Darío,—me perdonó la vida puesto que pudo atravesarme de parte á parte.

Benedetta no oía nada. Desde que el médico declaró que la herida no tenía ninguna gravedad y manifestó que la debilidad y el desvanecimiento, procedían solo de la violenta sacudida nerviosa experimentada, sentóse aniquilada en una silla, quedando en un estado de completa postración. Era aquello la distensión de la mujer despues de la horrenda crisis de la desesperación. De sus ojos escapáronse lágrimas dulces, lentas y levantándose fuese á Darío con una efusión de alegría apasionada y muda.

—Quisiera, mi buen doctor,—dijo el herido,—que nadie se enterase... porque es tan ridícula esta historia... Según parece nadie ha visto nada á excepción del señor abate, y á éste, le suplico guarde el secreto, y lo haréis, ¿no es así? Sobre todo que no se vaya á inquietar al cardenal ni tampoco á mi tía ni á ninguno de los amigos de casa.

El doctor Giordano se sonrió con su acostumbrada expresión.

—Está bien. Es muy natural, pero no os atormentéis de ese modo. Para todo el mundo rodastéis por la escalera y os dislocastéis un hombro, y ahora que os vendé la herida, procurad dormir sin tener mucha calentura, que yo volveré mañana por la mañana.

Empezaron entonces una serie de días de gran calma que se deslizaron tranquilamente y durante los cuales organizóse una nueva vida para Pedro. Los primeros

días permaneció hasta sin salir del antiguo adormecido palacio, leyendo ó escribiendo no teniendo por las tardes, hasta la hora del crepúsculo, más distracción que la de irse á sentar á la habitación de Darío, en la que tenía la seguridad de encontrar á Benedetta. Después de una calentura bastante intensa que duró cuarenta y ocho horas, la curación siguió su acostumbrado curso y las cosas marchaban del mejor modo posible habiendo creído en la historia del hombro dislocado todo el mundo que la oyó, llegando la cosa á tal extremo, que el cardenal exigió de la extricta economía de *donna* Serafina, que en el descansillo se encendiese una segunda lámpara para que no se volviese á renovar semejante accidente. En aquella paz monótona que se iba rehaciendo no se experimentó más que una postre sacudida, mejor dicho una amenaza de perturbación, en la que se mezcló Pedro una noche en que se entretuvo más que otras al lado del convaleciente.

Aprovechando la ausencia de Benedetta, que hacía unos cuantos minutos que había salido, Victorina, que entraba con una taza de caldo, se inclinó sobre el príncipe y le dijo en voz baja.

—Señor, todos los días viene una muchacha llorando á preguntarnos como seguís, es la Pierina... y no puedo enviarla á paseo porque no hace más que rondar por los alrededores, y he preferido avisároslo.

Sin querer, se enteró Pedro de esto; oirlo y adquirir una brusca certidumbre todo fué uno, comprendiendo en el acto la verdad. Darío, que le estaba mirando, adivinó lo que pensaba y así, sin responder á Victorina, dijo:

—¡Eh! ¡Sí, abate, sí, ha sido ese bruto de Tito! ¿No os parece que esto es estúpido?

Por más que se defendiese protestando de no haber hecho nada para merecer que el hermano le avisase que respetase á la hermana, sonreíase con cierto embarazo, muy aburrido y hasta un poco avergonzado con semejante historia. Y respiró indudablemente con más desahogo cuando le prometió ver á la joven, si volvía, y hacerla comprender que era mejor que permaneciese en su casa.

—¡Es una aventura estúpida! ¡Muy estúpida!—decía el príncipe, exagerando su cólera y como para burlarse de sí mismo. Y siguió la tranquila velada en la antigua adormecida cámara del vetusto y muerto palacio del que no subía ningún ruido, ni siquiera un aliento.

Cuando salió otra vez á la calle no se atrevió Pedro á apartarse mucho de aquel barrio para tomar el aire un poco. Interesábale mucho aquella antigua vía Julia, cuya historia conocía así como sus pasados esplendores de la época de Julio II, que mandó rectificar su alineación, y soñó en adornarla con palacios magníficos. Durante el carnaval verificábanse carreras en ella y se salía á pie ó á caballo desde el palacio Farnesio para llegar hasta la plaza de San Pedro. Hacía muy poco había leído que el embajador del rey de Francia, el señor de Estrée, marqués de Couré, que habitaba en el palacio Sachetti, festejó de una manera magnífica el nacimiento del delfín en 1630 dando, á su costa, durante tres días, el espectáculo de grandes carreras desde el puente Sixto á San Juan de los Florentinos, desplegando un lujo extraordinario, con la calle cubierta de flores y todas las ventanas colgadas con riquísimos tapices. La segunda noche se quemó un castillo de fuegos artificiales en el Tíber y el conjunto representaba la nave Argos llevando á Jason á la

conquista del Vellocino de Oro. Otra vez de la fuente de los Farnesio, del Mascheroni, manó vino. ¡Cuán lejanos eran aquellos tiempos y que cambiados estaban hoy en aquella calle de silencio y soledad que tenía toda la grandeza triste de su abandono, larga y recta, soleada ó tenebrosa en medio de aquel barrio desierto! Desde las nueve la enfilaba ardiente sol, blanqueando el menudo empedrado de su arroyo, llano y sin aceras que lo limitasen, mientras que á los lados, que pasaban alternativamente de la viva á la negra sombra, dormían los antiguos palacios, las pesadas y macizas mansiones con sus puertas vetustas cuarteadas con placas enormes y clavos de cuadrada cabeza, con sus rejas enormes, voladas y de labrado herraje, con pisos enteros en los que no se veía ni una sola ventana abierta y como clavadas estas para no dejar penetrar la luz del sol.

En el momento en que se abría una puerta, veíanse bóvedas profundas, patios interiores, húmedos y fríos, manchados con ese musgo que produce la humedad y que, semejantes á claustros, estaban rodeados de pórticos. Luego veíanse en las dependencias, en las construcciones bajas que, al cabo, se habían ido agrupando allí; sobre todo hacía la parte de las callejuelas que bajaban hacía el Tíber, unas cuantas y humildes y silenciosas industrias que se instalaron allí, una panadería, una sastrería, una encuadernación, unos cuantos tenduchos oscuros, unas verdulerías y fruterías con cuatro tomates y cuatro lechugas ó escarolas encima de una tabla, tabernas, en las que se veían fuera muestras de vinos de Frascati ó de Genzano y dentro bebedores que parecían muertos. Hacia el medio de la calle la cárcel, que en ella se encuentra en la actualidad, no era lo más

apropósito para alegrar la vista con sus abominables paredes pintadas de amarillo. Toda una nube de hilos telegráficos seguía de trecho en trecho aquel largo corredor de tumbas, por el que se deslizaban escasos transeuntes, en el que se desmenuzaba el polvillo del pasado, hasta la arcada del palacio Farnesio, allá á lo lejos y al otro lado del río, por cima de los árboles del hospital del Espíritu Santo. Pero sobre todo de noche, cuando reinaba completa obscuridad, era cuando á Pedro le embargaba la desolación ó una especie de horror sagrado que se desprendía de la calle. No había allí ni un alma y sí el aniquilamiento completo. Ni una sola luz en las ventanas, nada más que la doble hilera de mecheros de gas muy espaciados, semejantes á luces de lamparillas amortiguadas por lo denso de las tinieblas. Solo de trecho en trecho una taberna iluminada, con sus cristales raspados, tras los cuales ardía con sorda inmovilidad una luz, sin que se oyese ni una voz ni una carcajada. Allí no había viviente más que los dos centinelas de la cárcel, uno delante de la puerta y el otro en la esquina de la estrecha callejuela, los dos en pie y erguidos en la muerta calle.

Además, el barrio entero le apasionaba; aquel hermoso y antiguo barrio caído en el olvido, tan separado de la vida moderna y que no exhalaba más que un olor á cerrado, ese pesado y discreto olor eclesiástico. Por la parte de San Juan de los Florentinos, en el sitio en que la nueva vía de Vittorio Emmanuele lo despanzurró todo, el contraste resultaba más violento entre las elevadas casas de cinco pisos, esculpidas, esplendorosas, apenas concluidas y las negras casuchas, achatadas y feas de las callejuelas vecinas. Por la noche resplandecían los globos eléctricos con la luz deslumbradora, mien-

tras que los mecheros de gas de la vía Julia y de las calles inmediatas parecían humeantes lámparas. Era aquello una reunión de antiguas y célebres vías, la calle de Banchi Vecchi, la del Pellegrino, la de Monse-rrato y luego la infinidad de callejuelas que las cortaban y ponían en comunicación, dirigiéndose todas hácia el Tiber y como eran tan estrechas, los coches apenas podían pasar por ellas. Y cada una tenía su iglesia, una multitud de iglesias todas semejantes, muy adornadas, doradas y pintadas, que se abrían únicamente á la hora de los oficios y entonces llenábanse de sol y de incienso. En la vía Julia, además de las iglesias de San Juan de los Florentinos, de San Biagio della Pagnotta, de San Eligio degli Arifici, se encontraba allá abajo, tras el palacio Farnesio, la iglesia de los Muertos, en la que á Pedro le agradaba entrar para meditar acerca de aquella Roma salvaje, acerca de los penitentes que servían esa iglesia y cuya misión consistía en ir á recoger al campo, los cadáveres abandonados que les indicaban. Una noche tuvo ocasión de asistir á las preces de difuntos, rezadas ante los cadáveres de dos desconocidos que hacía quince días estaban sin sepultar y á los que encontraron en un campo, á la derecha de la vía Appia.

El paseo favorito de Pedro, fué muy pronto el muelle nuevo del Tíber que se extendía delante de la otra fachada del palacio Bocanera. No tenía más que hacer que bajar el *vicolo*, la calle estrecha y desembo-caba enseguida en un lugar solitario en el que las cosas influían en él haciendo se le ocurriesen infinitos pensamientos. El muelle estaba sin concluir y los trabajos parecían hallarse completamente abandonados, era aquello como un inmenso taller de cantería, lleno de maderos, piedras de sillería, montones de materiales de

construcción, cortado todo por empalizadas medio demontadas y por barracas con el techo hundido en parte, y destinadas para guardar las herramientas. El lecho del río se había ido levantando mientras que las continuas excavaciones rebajaban el nivel del suelo de la ciudad en las dos orillas y por esto, para ponerla al abrigo de las inundaciones, era para lo que habían aprisionado las aguas entre aquellos gigantescos muros de fortaleza. Y fué preciso levantar de tal manera las orillas, que bajo su porticada galería y su doble escalera, en la que en otra época se amarraban los barcos de remo, la terraza del jardinito del palacio Boccanera quedóse muy abajo y amenazada con verse envuelta en los escombros y desaparecer el día en que acabasen los trabajos proyectados por los ingenieros. No se había nivelado nada aún y las tierras allí acarreadas no había más que hoyos, zanjas y amontonamientos en medio de los materiales abandonados. Únicamente algunos desesperados chicuelos eran los que iban á jugar á aquellos escombros entre los que se hundía el palacio; los jornaleros sin trabajo dormían allí tendidos al sol y las mujeres de la vecindad ponían á secar sus pobres coladas sobre los montones de guijarros. Y pesar de todo esto, era aquel un asilo nocturno, de seguridad paz, lleno siempre de temas propios para la meditación á la que se abandonaba olvidándolo todo, durante largas horas pasadas contemplando el río, los muelles y la ciudad, en frente, á los dos extremos.

Desde las ocho el sol iluminaba dorando el vasto agujero con su blonda cabellera. Cuando contemplaba la lontananza, hacía la izquierda veía los lejanos techos del Transtibere que se recortaban con un matiz grisier-

to azulado de bruma sobre el fondo espléndido y azul del cielo. Hacia la derecha el río hacía un recodo, más allá del redondo abside de San Juan de los Florentinos, los álamos del hospital del Espíritu Santo plegaban en la otra orilla su verde tapiz dejando ver en el horizonte el claro perfil del castillo de Santangelo. Pero sobretodo no podía separar la mirada de la orilla de enfrente por que en ella había quedado intacto un trozo de la más antigua Roma. Desde el puente Sixto, al puente de Santangelo se encontraba en la orilla derecha, la parte de los muelles dejada en suspenso y cuya construcción debía concluir más adelante por encerrar el río entre sus elevadas y blancas murallas de fortaleza. Y era en verdad una sorpresa y un encanto aquella extraordinaria evocación de los antiguos tiempos, aquella orilla cargada con todo un girón de la antigua ciudad de los papas. En la calle de Lugara habían tenido que revocarse las fachadas uniformes, pero aquí la parte trasera de las casas que llegaban hasta el río continuaban llenas de grietas, sucias, salpicadas de barro y semejantes á bronce antiguos. ¡Y qué conjunto, que increíble amontonamiento! En la parte baja se sostenían las paredes, trozos de antiguos muros romanos semejantes á rocas cortadas á pico, después escaleadas dislocadas, verdosas, que subían desde la arenosa orilla del río; terrazas que se sobreponían unas á otras; pisos que alineaban sus ventanitas irregulares abiertas al azar; casas que se elevaban unas por cima de otras todo eso en abigarrado montón con una extraña fantasía de balcones, de galerías de madera, de puentes arrojados á través de los patios, de bosquecillos de ár-

boles que se habría dicho crecían sobre los techos y bohardillas añadidas, colocadas en el centro de las tostadas tejas. En frente vertía con gran ruido sus aguas una alcantarilla por la boca de una especie de moldura esculpida cóncava, gastada y sucia.

En todas partes por donde, entre las fachadas traseras de las casas aparecía el río, presentábase cubierta de una vegetación exuberante formada por hierbas, arbustos, mantos de hiedra arrastrándose con regios pliegues. Miseria y suciedad desaparecían ante la gloria del sol; las antiguas fachadas amontonadas, agrietadas cubríanse de oro y las coladas enteras, que colgaban de las ventanas, adornaban á éstas con la púrpura de las faldas y la cegadora nievea blancura del lienzo. Mientras tanto allá arriba, por cima del barrio, elevábase el Janículo, entre los deslumbrantes esplendores del astro con el fino perfil de San Onofre, que se destacaba entre pinos y cipreses. Con mucha frecuencia, echábase Pedro de bruces sobre la baranda del enorme muelle, permaneciendo allí durante largas horas con el corazón henchido lleno de la tristeza de aquellos siglos muertos, y contemplando como se deslizaban las aguas del Tiber. No había nada que pueda expresar el gran cansancio de esas viejas aguas, su pesada lentitud en el fondo de aquella trinchera babiloniana en que estaban encerradas; murallas desmesuradas de presión, rectas, lisas, desnudas, abotagadas aún con su fealdad nueva. Con el sol dorábanse las amarillentas aguas del Tiber, se tornasolaban e cambiantes de verde, de azul, bajo el estremecimiento apenas sensible de su corriente; pero en cuanto de él apoderaba la sombra presentábase opaco, de color lodo, con una vejez tan grande y pesada, que ni siquiera se reflejaban en ellas las casas de enfrente.

¡Y qué abandono más desolador! ¡Qué río de silencio y de soledad! Si después de las lluvias del invierno rodaban sus aguas furiosas con mugidos de tormenta, en cambio, durante el verano, como se emperezaba durante los largos meses de cielo puro, atravesando Roma con una corriente lenta, sorda, como convencida de lo inútil de todo ruido. Podía permanecer allí durante el día entero sin ver pasar ni una barca, ni una vela que lo animase. Algunos barcos, dos ó tres vaporcitos procedentes del litoral y las tartanas que llevaban vinos desde Sicilia, deteníanse todos ellos al pié del Aventino. Más allá, no había más que el desierto, aguas mansas, muertas, en las que de trecho en trecho, veíase alguno que otro inmóvil pescador que echaba pacientemente el sedal. Pedro solo veía, un poco hacia la derecha, al pié de la orilla antigua una especie de barcaza cubierta, algo como arca de Noé medio podrida, tal vez un barco-lavadero, pero en el que jamás se veía un alma y había aún, en una prolongada lengua de barro un bote zozobrado, con un costado hundido, lamentable como símbolo de toda navegación imposible y abandonada. ¡Ah! ¡Ruína de río, tan muerta como aquellas otras ruínas de que se cansó de bañar el polvo durante tantos siglos! ¡Y qué evocación la de esos siglos de historia, que las aguas amarillentas habían reflejado; cuántas cosas y cuantos hombres hacía los que experimentaron asco ó cansancio, hasta el punto de haberse tornado tan pesadas, tan mudas, tan solitarias con su deseo de la nada!

Allí fué donde, una mañana, reconoció Pedro á la Pierina en pié tras uno de los barracones de madera que habían servido para guardar herramientas. Alargaba la cabeza y miraba fijamente, tal vez desde hacía

muchas horas, la ventana del cuarto de Darío, en la esquina del muelle y de la callejuela. Asustada, á la cuenta, por el severo recibimiento que la dispensára Victorina, no se había vuelto á presentrar en el palacio á preguntar como seguía el herido; pero se iba á aquel sitio y allí pasaba horas enteras, y hasta días, habiendo sin duda preguntado á algún criado cual era la ventana esperando delante de esta y sin cansarse una aparición, un signo de vida y de salvación cuya sola esperanza hacía que latiese con fuerza su corazón. Acercóse el abate á ella sintiéndose infinitamente conmovido al verla ocultarse de aquella manera, tan humilde, tan temblorosa con su emoción y con su régia belleza. En vez de reprenderla, de echarla de allí, conforme se le habían encargado, se mostró muy cariñoso y muy jovial, hablándola de su familia lo mismo que si no le hubiese sucedido nada y se las compuso de tal manera para pronunciar el nombre de Darío que la dió á entender que antes de quince días ya podría levantarse. Al principio sobresaltóse, mostróse huraña, desconfiada y pronta á echar á correr: más luego, cuando comprendió, de sus ojos escapáronse algunas lágrimas riéndose, feliz y alegre, envióle un beso con la punta de los dedos, diciéndole: ¡Grazie, grazie! «¡Gracias, gracias!» y echó á correr. Jamás la volvió á ver.

Y fué también una mañana cuando Pedro, en ocasión en que iba á decir su misa á Santa Brígida, en la plaza Farnesio, experimentó una gran sorpresa al encontrar á hora tan temprana á Benedetta que salió de aquella iglesia llevando en la mano un frasquito lleno de aceite. No se cortó ni se apuró en el primer momento, explicándole desde luego que cada dos ó tres días iba allí para que el sacristán la facilitase una

cuantas gotas del aceite que alimentaba la lámpara que ardía ante la antigua estatua en madera de la *Madona*, en la que tenía una confianza absoluta. Confesó más, dijo que no tenía confianza mas que en aquella, porque no había obtenido nada de cuando había dirigido á otras que sin embargo, tenían mucha reputación y que eran *Madonas* de piedra y hasta de plata. Así que una devoción ardiente, toda su devoción en realidad, inflamaba su corazón tratándose de aquella santa imagen que no la negaba nada. Y, con mucha sencillez, como si se tratase de la cosa más natural del mundo, y fuera de discusión, afirmó que eran aquellas gotas de aceite, con las que mañana y noche frotaba la herida de Darío, las que apresuraban la curación de éste, tan pronta y de hecho milagrosa. Sobrecogido, desolado Pedro al observar que aquella criatura tan admirable por su prudencia, pasión y gracia, profesaba una religión tan infantil, no se permitió siquiera sonreír.

Todas las tardes, al volver de su paseo, cuando iba á pasar una hora en el cuarto del convaleciente Darío, empeñábase Benedetta en que contase lo que había hecho durante el día, para distraer de esa manera al herido y lo que narraba, sus asombros, sus emociones, sus cóleras á veces adquirían un triste encanto en medio de la calma ahogada de la habitación. Pero, sobretodo cuando se atrevió á salir del barrio, cuando se sintió cada vez más atraído por la belleza de los jardines romanos, á los que iba en cuanto abrían las puertas, para tener la seguridad de que no iba á encontrar á nadie, cambiáronse sus impresiones, y fueron sensaciones entusiastas de las que dió cuenta; todo un amor y embeleso por los bellos árboles, las murmuradoras

aguas y las terrazas que se abrían ante sublimes horizontes.

No fueron los más extensos entre aquellos jardines, los que más le impresionaron, llenando su corazón. En la villa Borghese, pequeño bosque de Boulogne de Roma, había arboledas majestuosas, paseos regios, á los que los coches iban á dar vueltas por las tardes, antes de dar el obligado paseo por el Corso; le conmovió aun más el jardín reservado que había delante de la villa, de esa villa de un lujo de marmol deslumbrador y en la que se encuentra hoy el museo más hermoso del mundo; hay allí un sencillo tapiz de fino musgo, un gran pilón central, dominado por la desnuda blancura de una Venus y gran número de fragmentos de antigüedades, vasos, estatuas, columnas, sarcófagos, todo ello colocado simétricamente en cuadro y sin más adorno que aquella hierba desierta, soleada, melancólica. En el Pincio, á donde volvió, disfrutó de una mañana deliciosa y comprendió entonces el encanto de aquel estrecho rincón con sus árboles raros, siempre verdes, con su vista admirable, todo Roma y San Pedro en lontananza, en una claridad tan tenue, tan límpida, espolvoreada de sol. En la villa Albani, en la villa Pamphili, volvió á encontrar los magníficos pinos parasoles, con su gracia gigante y altiva, las poderosas encinas verdes de retorcidas ramas y negra hoja. En la última villa sobre todo, las encinas inundaban los paseos con una semi luz deliciosa y el pequeño lago convidaba al ensueño en sus orillas adornadas de sauces llorones y sus macizos de rosas, su parterre en pendiente, desarrollando un mosaico de un gusto barroco, complicado dibujo de arabescos y de rosas coloreado por la diversidad de hojas y de flores.

Y lo que le llamó más la atención en ese jardín, el más noble, el más vasto y mejor cuidado fué, al bordear una pared bajita volver aún á ver San Pedro bajo un aspecto nuevo y tan imprevisto que se llevó para siempre en su memoria la simbólica imagen. Roma había desaparecido por completo y no quedaba allí, entre las pendientes del monte Mario y otra ladera cubiertá de árboles que ocultaba la ciudad, más que la cúpula colosal que parecía colocada sobre bloques esparcidos, blancos y rojos. Eran los islotes formados por las casas del Borgo, las amontonadas construcciones del Vaticano y de la basílica que dominaba, que aplastaba con la cúpula desmesurada que se destacaba con tonos grises azulados sobre el claro azul del cielo, mientras que, á sus espaldas, á lo lejos, hacía una vista azulada de ilimitada campiña y muy delicada de tono.

Pedro sintió, empero, aún más el alma de las cosas en los jardines menos suntuosos y de una gracia más cerrada, ¡ah! la villa Mattei, en las pendientes del Caelio con su jardín distribuido en terrazas, sus paseos íntimos que bajaban bordeados por aloes, laureles, arbustos y gigantes bojés amargos recortados para que presentasen diversas formas, sus naranjos, sus rosales y sus fuentes, ¡qué hermoso espectáculo! Pasó allí horas adorables y no experimentó una sensación semejante, hasta que visitó el Aventino y sus tres iglesias que se pierden entre la fronda; sobre todo, en Santa Sabina, cuna de los dominicos y cuyo jardincito, cerrado por todas partes, sin vista alguna, duerme con una paz tibia y olorosa con sus numerosos naranjos en medio de los cuales descuella colosal y nudoso el de Santo Domingo,

árbol que, á pesar de los años, está cargado de aromático maduro fruto.

Después, al lado, en el Priorato de Malta, el jardín por el contrario tiene un horizonte inmenso: sus muros de contensión córtanse á pico sobre el Tíber cuya corriente enfila por completo, lo mismo que las fachadas y los tejados que se oprimen á ambos lados hasta llegar á la lejana cima del Janículo. En los jardines de Roma había en todos ellos los mismos bojés amargos recortados, los eucaliptos de tronco blanco, hojas pálidas largas como cabelleras, las verdes encinas nudosas y sombrías, los gigantescos pinos, los negros cipreses, los mármoles blanqueando en medio de macizos de rosas de murmuradores surtidores que se deslizaban bajo mantos de hiedra. Y no experimentó en ninguna parte alegría más tiernamente enternecida que en la villa de papa Julio, cuyo pórtico abierto en forma de hemiciclo sobre el jardín, trasunto de toda la vida de una época sensual y amable que relata con su pintada decoración, su enrejado de oro cargado de flores á través de los cuales deslízanse vuelos sonrientes de amorcillos. Por último, la noche que fué al palacio desde la villa Farnesina, dijo que llevaba todo el alma de la Roma muerta y no fueron las pinturas hechas con arreglo á los cartones dibujados por Rafael, sino la linda sala de la orilla del agua, con aquella decoración azul, lila y rosa claros, de un arte sin genio pero sí muy encantador y romano; fué también lo que le emocionó más el jardín abandonado, que en otros tiempos bajaba hasta el Tíber y que los nuevos muros de contensión oprimían entonces; ese jardín de una desolación lamentable, saqueado, giboso, invadido por las plantas silvestres, tan igual de un campo santo, pero en el que, sin embargo,

maduraban aún los dorados frutos de naranjos y limoneros.

Después, por última vez, tuvo su corazón una sacudida la hermosa tarde del día en que visitó la villa Médicis. Allí estaba en tierra francesa. Y en aquel aun maravilloso jardín con sus bojés, sus pinos, sus paseos á la par magníficos y encantadores ¡qué refugio de meditación antigua aquel bosque en que las oscuras verdes encinas con sus hojas de bronce reluciente, lanzaban como chispazos de rojo oro y de luz al reflejar la del sol poniente! Es preciso subir por una escalera interminable y desde allá arriba, desde el templete que domina, se posee con una mirada á Roma entera y lo mismo que si alargando los brazos se pudiese estrechar toda entre ellos. En el salón-comedor de la villa, que adornan los retratos de todos los artistas pensionados que por allí pasaron, lo mismo que en la biblioteca, en ésta sobre todo, gran sala en que reina una calma profunda, se disfruta de una vista maravillosa, la más amplia y conquistadora, una vista de ambición desmesurada cuyo infinito debía contribuir á que los jóvenes allí encerrados sintiesen en su corazón la voluntad de poseer el mundo entero. Pedro, que había ido allí siendo hostil al «premio de Roma», á esa educación tradicional y reglamentada tan peligrosa para la originalidad, quedóse durante un momento seducido por aquella paz tibia, aquella límpida soledad del jardín y aquel sublime horizonte en que parecía se oía el batir de las alas del genio. ¡Ah! ¡Qué delicia! ¡Tener veinte años y vivir tres en medio de aquella dulzura infinita, entre las más hermosas obras humanas, decirse que se és aun muy joven para producir y reconcentrarse, buscar y aprender á gozar, á amar y á sufrir! Pero á continua-

ción meditó y se dijo que no era aquella tarea de juventud, y que para gozar del deleite divino de semejante retiro de arte y de cielo azul, se necesitaba en verdad la edad madura, victorias ya ganadas y el comienzo del cansancio de las obras ya hechas. Habló con los pensionados y observó que, si las almas juveniles de ensueño y meditación, así como la sencilla medianía, se acomodaban á una vida enclaustrada en el arte del pasado, todo artista de batalla, todo temperamento personal consumíase de impaciencia, con los ojos vueltos hácia París, abrasado por el ansia de hallarse cuanto antes en pleno fuego de producción y de lucha.

Y todos esos jardines, de los que Pedro hablaba con admiración por las noches, despertaban en Benedetta y en Darío el recuerdo del jardín de la villa Montefiori, á la sazón destrozado, y antes tan lleno de umbrías, en el que estaban plantados los mejores naranjos de Roma, todo un bosque de naranjos centenarios en el que habían aprendido á amarse.

—¡Ah!—exclamó la *contessina*.—¡Cuánto me acuerdo de la época de las flores y de aquel olor tan bueno, talmente fuerte, talmente embriagador que una vez quedéme tendida en la hierba sin poderme levantar. ¿Te acuerdas, Darío? Me cogíste en tus brazos y me llevastes á la fuente donde se estaba tan bien y hacía tanto fresco.

Benedetta estaba, como de costumbre, sentada en el borde de la cama y tenía entre sus manos las del convaleciente que, al oirla, se sonreía.

—Sí, sí, me acuerdo... Te besé en los ojos y al fin los abristes... En aquellos tiempos no te mostrabas tan cruel y me dejabas que te besase en ellos siempre que se me antojaba; pero éramos unos niños y si no lo

hubiésemos sido, habríamos sido marido y mujer en seguida, en aquel gran jardín, en que había olores tan fuertes y en el que corríamos con tanta libertad!

Aprobaba Benedetta haciendo movimientos afirmativos con la cabeza y convencida de que sólo la *Madonna* los había protegido.

—Es muy cierto, es verdad... y qué felicidad más grande ahora que vamos á poder ser el uno del otro sin que los ángeles tengan que llorar!

La conversación volvía siempre al mismo punto: al asunto de la anulación del casamiento que todos los días adquiría un aspecto más y más favorable, y Pedro asistía todas las noches á sus alegrías y no les oía hablar más que de su próximo casamiento, de sus proyectos, de sus goces de enamorados sueltos en pleno paraíso. Dirigida en aquella ocasión por una mano todopoderosa, *donna* Serafina podría llevar las cosas con más vigor, porque apenas pasaba un día sin que volviere con alguna buena noticia. Tenía empeño en terminar aquel asunto para la continuación y por el honor del apellido, puesto que Darío no quería casarse más que con su prima y que por otra parte aquel casamiento lo explicaría y lo excusaría todo, poniendo término á una situación por demás intolerable. El abominable escándalo, las continuas hablillas que trastornaban á la sociedad blanca y á la sociedad negra, contribuían á ponerla fuera de sí, tanto más, cuanto que comprendía la necesidad de una victoria decisiva ante la eventualidad de un cónclave posible en el que deseaba que el nombre de su hermano brillase con un esplendor puro, soberano. Esa secreta ambición de toda su vida, esa esperanza de ver á su raza dar un tercer papa á la Iglesia, no la inflamó jamás con una pasión tan grande, como